



www.loqueleo.santillana.com

Título original: EL VIOLÍN DE LARIMAR

© 2018, Bismar Galán

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-803-4

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustración de cubierta: Tulio Matos

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El violín de Larimar

Bismar Galán

loqueleg

*A la memoria de mis padres, Adaís y Vicente,
por su amor y sacrificios.*

Sueños

Daniel, despacio por la calle El Conde, la cabeza baja y la vista fija en unas pocas monedas que mueve en la mano derecha. Se detiene, levanta su apetitosa mirada hasta la puerta de vidrios ahumados de ese restaurante al que nunca ha tenido acceso, por más que se ha soñado en él un sinfín de veces. Mientras se abre la puerta, las palabras «Sabor Criollo» grabadas en ella, se estiran ante sus ojos como un arco iris de primavera.

Por la arcada que deja la puerta al abrirse aparece la sonriente Carmen, joven blanca, con la delgadez deseada por las niñas de sociedad que rondan los 15 años; su perfil a lo Mona Lisa contrasta con el cabello castaño sobre sus hombros. Aunque Daniel no tiene un gran desarrollo del olfato, absorbe el perfume que emana de ella y se mezcla con ese aroma característico del pollo asado que a él le agita el estómago y un poco más allá.

Lanza un bostezo dilatado y profundo mientras devuelve las monedas al bolsillo. Piensa que, si su olfato tuviera el poder de sus oídos, tal vez hubiera podido adivinar qué perfume llevaba aquella joven, a quien sus

amigos seguramente habrían calificado como «una princesa intocable». Muchas veces los muchachos le han dicho que podría sacarle dinero a la agudeza de sus oídos, pero todavía no ha encontrado la manera de hacerlo realidad. A no ser una que otra sencilla apuesta por algo de comer, en las que ha tenido que identificar un sonido, un timbre de voz o algo similar, y jamás ha fallado. Tal es así que registra en su cerebro el sonido de los pasos de la muchacha como si estos fueran palabras por memorizar para el más trascendente de los exámenes. Desde este momento fija más allá de la simple memoria, aquel rítmico e inusual taconeo.

Intenta mantener sus pasos sobre las líneas de los edificios que el sol dibuja en el piso grisáceo. Disfruta al ver su imagen formando un viejo rompecabezas manchado por pasos desiguales que se agitan presurosos hacia disímiles destinos. En su descuido, casi se tropieza con Rufo, el guardián del parque, a quien temen Daniel y sus amigos de la guarida. El muchacho siente que aquel moreno rudo y enorme lo lastima hasta con la mirada; con excepción de algunas ocasiones, sobre todo cuando quiere que le limpie los zapatos.

Se detiene unos segundos detrás de un grupo de habituales jugadores de ajedrez, que aumentan las sombras de la tarde con el humo de sus tabacos torcidos a mano por viejos encorvados y de sapiencia incalculable que pernoctan en la esquina de la Duarte. Con el chasquido de los dedos marca el compás de una débil música de piano que le llega de algún edificio contiguo.

Lleva ladeada su gorra, que en algún tiempo fuera negra, marcada en la parte frontal por un desgastado LOVE sobre un corazón. Le llega a la cintura el cajón de limpiabotas colgado a su hombro izquierdo mediante un delgado cinto de tela. Debajo del propio brazo, la lata de leche Milex vacía que le sirve de asiento de trabajo.

Quien se guía por su apariencia, estatura y delgadez le calcula más de 20 años, cuando en realidad acaba de cumplir 16. Es un joven trigueño, de atractivo perfil marcado por el sol, la intemperie y sobre todo por la tristeza que cargan sus ojos claros, tristeza que lleva con él desde su infancia. Su *poloshirt* claro contrasta con su pantalón negro a media pierna, mugriento y deshilachado, que intenta ser cascada sobre unas chancletas plásticas de color gris, que no logran cubrir sus uñas largas y sucias.

En su recorrido, Daniel no deja de ofrecer sus servicios a los transeúntes. Nativos y extranjeros, en esta soleada tarde de la caribeña Santo Domingo, son abordados por su peculiar «¿Va a limpiá, eh?, ¿va a limpiá?» La respuesta negativa, casi siempre con un movimiento de cabeza o de mano, le aumenta el desespero por encontrar a un cliente que lo ayude a completar la cena. «Aunque sea para un pan y un refresco en el colmado del gordo Ariel, con eso me bastaría», se dice con el ánimo de los que pierden hasta el aliento, pero jamás la esperanza.

Como cada vez que camina por El Conde, se acerca a la vidriera de la tienda de instrumentos musicales. Apoya la mano derecha sobre el borde de un afiche que anuncia «Premio Musical Parque Bohemio 2000. Jóvenes de 15 a

18 años». Observa con atención la imagen de un violín en el extremo superior derecho del anuncio, justo encima de un número telefónico. Es casi el mismo afiche del año anterior, con la diferencia de que en aquella ocasión la imagen era una guitarra y el premio consistió en una guitarra de ámbar, tallada por el mejor escultor del país. Con cierta dificultad, lee el mensaje y recuerda que aquel año Rufo no le permitió acercarse al parque y tuvo que disfrutar la música a cierta distancia, casi siempre trepado en las ramas de un laurel.

10

Era un festival al que todos los jóvenes con alguna afición por la música tenían la aspiración de acceder en algún momento. Había que tener ciertas condiciones, no solo lo referente a la edad y a específicos instrumentos de cuerda. Al final se imponían, año tras año, los más creativos en sus interpretaciones. Ya era común que se dieran detalles en la prensa acerca de cuál sería el premio y cuáles las condiciones del festival, un verdadero *reality* del que la orquesta sinfónica se nutría con nuevos y talentosos jóvenes.

En el centro del parque se ubican los instrumentos (chelo, guitarra, violín y piano). Los jóvenes que desean participar se acercan al jurado, registran su nombre y el instrumento seleccionado. En cada una de las jornadas del *reality* se van seleccionando los participantes de mejor puntuación. Los cuatro jóvenes con mejores calificaciones, uno en cada instrumento, son los finalistas; de entre ellos, sin tener en cuenta el instrumento de que se trate, se selecciona el ganador. En esta ocasión, el premio es un violín

tallado en larimar, una antiquísima obra de arte derivada de esa preciosa y exclusiva piedra dominicana.

Los organizadores han ofrecido detalles a la prensa acerca del porqué sería entregado este galardón.

Hace solo diez años, en una remodelación de la Catedral de Santo Domingo, la Primada de América, fue encontrada esta joya de la arquitectura dominicana. El violín fue elaborado por petición del sacerdote y botánico Miguel Domingo Fuertes Loren, descubridor de la roca azul, quien por allá por el año 1916 era párroco de Barahona. Cuando le fue negado el permiso para explorar y explotar la mina de larimar, ya que en el país no se conocía este tipo de pectolita, él tomó una decisión de la cual jamás se arrepentiría: envió una de las más atractivas muestras al escultor Pablo Emilio Gargallo Catalán y le pidió, mediante misiva, hacer lo que consideraba el instrumento musical más delicado, exigente y conectado con las fuerzas divinas: un violín.

Allá en Barcelona, Gargallo concentró todos sus esfuerzos en lograr una pieza única. Se sintió motivado, no solo por tratarse de un encargo del clérigo sino como premio a la labor de aquel español dedicado a la fe en una tierra caribeña que él admiraba desde que conoció sobre su existencia, y sobre todo por la posibilidad de experimentar con un material único, tan extraño como retador para hacer los cortes e incisiones que su tendencia modernista y su creatividad le exigían. No menos importantes y motivadoras le resultaron las palabras de su maestro barcelonés Eusebio Arnáu.

Una vez el violín llegó a sus manos, el sacerdote Miguel Domingo lo conservó como su más preciado tesoro. Siempre lo mantuvo bajo su cuidado hasta que, en el año 1926, cuando subió a sentarse junto al Padre, la obra desapareció.

12 Ahora se cumple el 10.º aniversario del hallazgo del violín de larimar y las autoridades eclesiásticas del país, después de grandes esfuerzos del alcalde de la capital, decidieron cederla como atractivo de este festival cultural sobre el cual hasta se ha barajado la posibilidad de producir una película.

Una vez más, Daniel acomoda el pie derecho en su caja de limpiabotas y se empuja para ver hacia el interior de la tienda. Queda extasiado ante la imagen de un violín que recoge toda la luz que llega del techo. Siempre le ha gustado el sonido del violín, pero no tanto como el del piano; muchas veces sueña que está frente a un piano blanquísimo, como aquel sobre el que tiene débiles imágenes de cuando era un niño, y se le derrama el pote de tinta de zapatos sobre él. Una noche, Rufo lo sorprendió en medio del salón de ensayos de la sinfónica y se lo llevó preso; en el preciso momento en que le colocaba las esposas, se despertó y sintió un alivio inmenso.

Se mira las manos e intenta limpiarse las uñas; observa a su alrededor y se separa del lugar con disimulo y rapidez al ver a dos militares que se le acercan. En el rostro de cada uno de ellos le parece ver el ceño fruncido y agrio de Rufo. Hace mucho tiempo que lo ve dando vueltas en el parque; es como si nunca fuera a su casa; «Tal vez él

tampoco tenga casa», pensaba Daniel y hasta deseó preguntarle en una de esas ocasiones en que le estaba limpiando las grotescas botas. Pero no se atrevió.

Daniel va despacio, Conde abajo, como tantas otras veces; clava la mirada en sendos sándwiches que disfrutaban dos muchachos mientras ríen a carcajadas en una cafetería establecida en plena calle. El olor de la comida le llega como un torrente mágico de abrasivas sensaciones frente a las que aún no ha desarrollado la pericia de sobreponerse. El olor le activa las papilas, la boca se le transforma en un manantial que él traga de forma repetida y sin reflexión.

Como impulsado por una fuerza superior, lleva la mano derecha a su bolsillo, acaricia despacio cada una de las monedas e intenta calcular cuánto le faltaría para uno de esos apetitosos sándwiches. Se chupa los dientes en señal de contrariedad, mueve la cabeza y continúa rumbo al parque. Pasa frente a una señora que, sentada en el piso, extiende una lata vacía en busca de una limosna. Daniel se detiene por unos segundos, lentamente vuelve su mano al bolsillo, pero mueve la cabeza de forma negativa y sigue su camino.

Siente un deseo inmenso de compartir con aquella anciana que tal vez no tenga una familia que se ocupe de ella, pero quizás sea una más de las que fingen la más aberrante de las miserias en busca de engrandecer sus arcas. Había oído comentar a los jugadores de ajedrez, que muchos de los aparentes mendigos tenían fortunas increíbles que habían logrado en sus largas jornadas,

disfrazados de limosneros. «Es un gran negocio», oyó decir a uno de los jugadores e intentó buscar suerte, pero le fue tan mal que desistió.

14 Son tenues los rayos de sol que juegan al dibujante. El calor es asfixiante, abrasivo y húmedo como cada tarde de agosto. La frente de Daniel brilla y los ojos verdoscueros se vuelven orientales en su esfuerzo por divisar entre los transeúntes a su posible cliente. Chasquea los dedos de forma rítmica y constante al compás de la música que le llega de altoparlantes de un alegre conductor que pasa por la calle, música que se alterna con el vocerón de un mozo como llegado del África Subsahariana, que anuncia los mejores productos al mejor precio.

Detiene el chasquido de sus manos y mira hacia los zapatos expuestos sobre una mesa en el portal de la tienda. Sus ojos chocan con los del vendedor de turno, un joven apuesto y bien vestido que acomoda instintivamente la mercancía en exhibición. Daniel baja la mirada hasta sus chancletas añejas y cuarteadas, pateando una caja vacía que va a parar contra la pared, y continúa sus pasos sin mirar hacia atrás.

Llega a la esquina de El Conde con Meriño, intenta imaginar el camino que marca el Almirante con su índice y piensa que es estúpido eso de hacer de bronce o de qué se yo, a la gente que ya se murió, para que ahora las aves se hagan en su cabeza y no puedan responder con un gesto para ahuyentarlas. Lo arropa el gorjeo de palomas que le llega mezclado con una tenue música de la cafetería de la esquina y el silbato de agentes solicitando orden a

choferes que se disputan espacios para aparcar en las calles contiguas al parque, mientras suman el chirrido de neumáticos y quejumbres metálicas de bocinas.

En estos desordenados sonidos, Daniel recrea los aprestos para el desfile musical de una orquesta. Él le suma instrumentos que ha disfrutado, a escondidas, en los ensayos de la sinfónica de la ciudad, dirigida por un viejo de lentes abultados y amarillentos que le recuerdan a una foto que colgaba en la sala de aquella casa en que vivió cuando niño. Esos sonidos hacen viaje por su cuerpo y llegan hasta sus manos; es en sus manos donde descansan las ondas cargadas de melodía que se agolpan en sus oídos y recorren toda su escuálida figura.

Gracias a esos sonidos, logra un ritmo peculiar su manera de pasar el betún a los zapatos y sobre todo, el modo en que mueve el paño, siempre de acuerdo con el color de los zapatos, en un zigzag que su cabeza sigue y que contagia hasta al más insensible cliente. Si es cerca del mar donde aparece la oportunidad, mucho mejor para seguir el rítmico vaivén de las olas, lograr el compás con el cepillo en la caja y así olvidar las carestías que se le han hecho eternas desde que su tía tiró por la borda el compromiso de cuidar eternamente a su querido sobrino. De él se haría cargo ella y solo ella, como el único familiar cercano, según aseguró al juez que le dio la custodia.

Desde entonces, luego de unos años en un orfanato, Daniel no ha conocido otro espacio para vivir que no sea la calle ni más familia que aquellos que como él confían su vida a algún alcantarillado o a las paredes sin piel de

uno de tantos vetustos edificios abandonados que se convierten en su guarida.

16

Tenía algo más de 6 años cuando su tía acabó de perder todo cuanto sus padres dejaron al morir en el trágico accidente del cual él conserva escasas y difusas imágenes. Sí recuerda los extensos días en la clínica, el yeso blanco en su pierna izquierda, las jeringas en manos de las enfermeras y hasta la promesa de su tía de que sus padres en algún momento regresarían. Con frecuencia sueña con el accidente, con la cara ensangrentada de su padre y el rostro de su madre pegado al vidrio. Nunca su tía Julia fue muy cuidadosa al hablar sobre cómo quedaron los cuerpos de su hermano y su cuñada. Daniel, desde la habitación escuchaba más detalles de los que debería proveérsele a un niño.

De pie, como si imitara la posición de la escultura que marca el límite entre el área peatonal y el parque, y donde se apoya, simula una sonrisa y repite a cada transeúnte su «Va a limpiá, ¿eh?, ¿va a limpiá?», mientras observa con el rabillo del ojo la posible cercanía de alguno de los agentes que custodian la zona para tranquilidad de los turistas. «¡Qué me importa a mí que sean de por ahí!», dice en voz baja. Un día como este en que el hambre aprieta su estómago, lo importante es completar unos chelitos antes de que caiga la noche.

Se detiene en la esquina, levanta la mirada hasta las letras tan desteñidas como antiguas, y lee con lentitud E DI FI CIO CE RA ME, en un silabeo muy particular, aunque envidiable en alguien que vive de limpiar zapatos.

Intenta leer las letras inscriptas un poco más arriba, pero no les encuentra sentido por más que sabe las combinaciones elementales y es capaz de leer muchos de los carteles y anuncios que abruma la ciudad.

Piensa que tal vez su maestra de aquellos primeros años olvidó enseñarle a leer mezclas de letras como estas: MCMXXIV. Ya le ha pasado en muchas ocasiones: siente decepción cuando intenta descifrar algo que le interesa y no puede. Con la matemática le es más fácil, además de lo que aprendió con su maestra del orfanato, aquella señora espigada como un pino a la que todos le decían señorita Pura, con sus amigos ha tenido que sacar cuenta para negociar con el poco dinero que hace en sus agotadoras e inciertas jornadas.

Mientras observa el pináculo del atractivo edificio, piensa en cómo habrían podido hacer algo tan elegante y de simetría tan perfecta. Hasta llega a imaginar a los albañiles trepados en sus andamios y frotando el cemento con sus herramientas para lograr tantos detalles en esta construcción que aparenta muchos años sin que nadie se ocupe ni siquiera de lavar sus paredes. Baja la mirada y husmea la posibilidad de que alguna puerta esté entreabierta y este se convierta en un buen sitio para pernoctar. Pero todo está clausurado. Vuelve la vista a la parte alta del edificio, mientras va retrocediendo despacio, concentrado en las curvas y líneas que le dan terminación y que lo hacen el más alto del área.

En su movimiento en retroceso, Daniel tropieza y casi cae encima de un señor que va en silla de ruedas. Se asusta

al pensar que le ha hecho algún daño. Es Lázaro, de 75 años, canoso y delgado, con lentes gruesos y de montura compacta. Aunque la chaqueta gris le queda grande, anda impecablemente vestido, con aspecto muy bien cuidado. Su rostro aparenta que acaba de salir de una barbería como la situada dos cuadras más arriba y donde Daniel ha visto muchas veces cómo los muchachos que laboran en ella intentan que todo transeúnte se convierta en su cliente.

18 Se da cuenta de que ha hecho caer la funda que Lázaro llevaba en las manos y los granos de maíz se han esparcido por el suelo. Entre nervioso y preocupado, le pide excusa, recoge el maíz con premura, lo echa en la funda y se la entrega. Lázaro coloca la funda sobre sus piernas y extiende la mano en un gesto de saludo.

Daniel se mira la mano y piensa que podría ensuciar la de Lázaro, pero ante la insistencia de la mirada profunda y firme, le corresponde. Es algo que pocas veces hace. En los últimos tiempos ha tomado el hábito de saludar con el puño cerrado, chocándolo con el de sus amigos, sobre todo desde que se dio cuenta de cómo Róbert, el que todos llaman el Loco, acabando de orinar detrás de una pared, fue capaz de apretar la mano de Mauricio.

—Tienes manos de hombre fuerte y trabajador —dice Lázaro sin soltarle la mano y mirándolo fijamente.

—¿Cómo así? —dice Daniel, mientras sonrío.

—Sí, los hombres se conocen por dos cosas: sus manos y su mirada. En las manos se puede leer de qué es capaz un hombre; la mirada es el reflejo del corazón.

—¡Oye eso!

—¿De dónde eres?, ¿dónde vives?

—Por ahí —responde Daniel con un dejo melancólico en sus palabras. Prefiere ignorar la primera interrogante o tal vez no tiene qué decir porque es algo que él mismo se pregunta. Se aleja de Lázaro, mientras vuelve una y otra vez la mirada hacia él.

Daniel se acerca al parque, es el lugar por excelencia donde se concentran muchas personas, tanto extranjeras como nativas. Varios atractivos así lo permiten, sobre todo la Catedral Primada de América y el espectáculo de dar de comer a las palomas para tomarse fotografías rodeados por ellas. Él sabe que es un día en el que en otras partes de la ciudad es más difícil encontrar a un posible cliente. Los fines de semana, sus zonas favoritas, como las oficinas gubernamentales, en especial el Palacio de Justicia, están cerradas; también es mal día para otras de sus áreas más lucrativas: las clínicas y hospitales.

Desde el otro extremo de la Meriño, lo sorprende el silbido fuerte y áspero de Rufo, quien a la vez le hace señas con la mano para que se acerque. Daniel piensa que para nada bueno debe de ser. Seguramente el guardián lo va a recriminar por estar en la zona. Pero no debe hacer como en otras ocasiones, que se manda a correr en dirección opuesta hasta que otro de los guardias se atraviesa; decide acercarse de una vez y enfrentarlo. «Tal vez sea para que le limpie las botas», piensa mientras permanece como petrificado, hasta que la voz del moreno alto y fuerte lo hace temblar.

—¡Hey!, muchacho, ven acá. ¿Eres ciego?, ¿no ves que te estoy haciendo señas? Cruza, cruza...

Camina despacio, con la cabeza inclinada, ante la presencia indiferente de turistas que, cámara en mano, tratan de captar una imagen para la historia.

20 Rufo lo mira firme, sin pronunciar otra palabra. Señala hacia sus botas y Daniel comprende cuál es la orden que está recibiendo. Sabe que esta es una de las tantas ocasiones que tiene que trabajar a cambio de nada. No es su deseo hacerlo pero reconoce que no le queda otra alternativa. Ya son casi las 4 de la tarde y prefiere retornar a su refugio antes que amanecer en la Fortaleza Ozama, custodiado como cualquier delincuente y mezclado con muchos de esos que llegan después de ser atrapados, casi siempre tras haber sido sorprendidos en el robo de algo. Eso sí odia Daniel, a la gente que se apropia de lo ajeno. «Pobre, pero digno», dice a sus colegas cuando tratan de involucrarlo en algún tipo de hurto.

Ya el sol se escurre entre los edificios que salvaguardan el parque, pero Rufo esconde sus ojos con unos grotescos lentes oscuros, que contrastan detrás de su indumentaria y uniforme militares. A Daniel le resulta insultante esa figura y durante mucho tiempo ha sentido el deseo de un día llegar al parque y encontrar a un militar como el del banco de la Gómez con Independencia, siempre sonriente y bondadoso, que le da el doble por una simple limpiadita de zapatos. Y hasta le ha brindado guineo maduro o un pedazo de pan cuando pasa rumbo al malecón en busca de clientes.

Aunque con muy pocos deseos, Daniel muestra toda su destreza de cerca de ocho años como limpiabotas. Desea hacerlo bien para no tener problemas con Rufo y terminar lo antes posible. Se esmera en el manejo de la brocha desgastada con la que unta la tinta. Primero las partes más demandantes, los bordes pegados a la suela, las costuras, el área de los cordones... para luego hacerlo en las más amplias y que permiten mayor rapidez. Esto lo fue aprendiendo con sus colegas, mirando cómo lo hacen los más experimentados y hoy ya puede enseñarlo.

21

Cuando más concentrado está, se aproxima un fuerte taconeo sobre la acera; son unos pasos acompasados que armonizan con el sonido del paño sobre los zapatos de Rufo. Es para Daniel como el inicio de ensayo de aquella orquesta que vigila con frecuencia desde la calle y que luego es capaz de recordar con increíble nitidez. En las pocas ocasiones que ha logrado escuchar a través de la puerta entreabierta, ha podido distinguir y separar cada uno de los sonidos de los diferentes instrumentos. Pero ahora el ritmo de aquellos pasos le provocan una curiosidad mayor que la discriminación de cada sonido: está seguro de que se trata de aquella muchacha que lo cautivó al salir del restaurante. Es el taconeo más inusual, más rítmico y atractivo que haya registrado gracias a su finísimo oído.

No se atreve a mirar, pero las regias piernas que provocan el melódico taconeo casi rozan con él, que está de espaldas a la acera. Gira sobre la lata vacía que le sirve de asiento y queda prendado de los pies y los firmes tacones

de los vistosos zapatos rojos. Observa con el rabillo del ojo y queda perplejo: son unas piernas delicadas, cuidadas como ninguna, al menos eso piensa. La brocha llena de tinta baja de la bota de Rufo hasta la caja de madera y chorrea, como esperma de vela, el piano dibujado con trazos deformes de pintura blanca.

22 Mientras sube la mirada en busca del cuerpo de la joven, para comprobar que no ha errado en su predicción, en un acto de total inconsciencia, Daniel desliza hacia arriba la brocha hasta el pantalón verde oscuro de Rufo. Las manos de Daniel tiemblan al ver lo que ha hecho. Pasa un dedo sobre el pantalón con la intención de eliminar la tinta, pero la riega mucho más.

—Muchacho estúpido —dice Rufo enfurecido mientras golpea con el pie la lata que usa Daniel como asiento.

El muchacho se va de lado, apoya la mano en el piso y la gorra cae. Entre temeroso y apurado, recoge sus útiles de trabajo, los coloca en la caja, toma la gorra y sale corriendo. Pasa por al lado de Carmen, que queda perpleja ante lo ocurrido. Él vuelve la vista hasta ella, una y otra vez, mientras disminuye la velocidad de sus pasos en camino inverso rumbo a El Conde. Se guarece detrás de una de las regias columnas del Palacio Consistorial, con la gorra en la mano, y la respiración agitada como si acabara de hacer una larga maratón o como el Loco cuando llegó a la guarida con los mangos que logró sustraer a la vieja de la esquina. Desde aquí, asoma el ojo izquierdo, como si tomara puntería, con el cuidado de esconder todo el cuerpo.

Supera el susto con su deseo de mirar a Carmen, su atractiva figura, su manera de sentarse, su rostro de muñeca sin uso. La elegancia de la joven se ha multiplicado con su vestido estampado y ligero que contrasta con sus zapatos de piel roja y su finísima gargantilla juvenil pero nada propia de una joven de la *high class*. Está sentada en una de las sillas de la cafetería ubicada en la esquina del parque, dejando el perfil a la mirada que Daniel alterna entre ella y el colérico Rufo que ha entrado en una tienda cercana, seguramente en busca de algo con qué limpiar su pantalón. Él no sabe con qué agilidad ni dónde, con lo que se tardan las mujeres en alistarse, esta muchacha que vio hace menos de una hora, ya está allí, con los ojos perdidos en los transeúntes que se acercan por El Conde.

Daniel no ha sucumbido con frecuencia al caminar acompasado, musical, casi mágico, de las muchachas que pasan por las calles mientras él lustra zapatos de todos los tonos y colores. Con el rabillo del ojo ha observado las más disímiles piernas y pies femeninos; es hacia donde puede dirigir la mirada con más rapidez y discreción para no errar en su trabajo, como le ha ocurrido con Rufo. Pero con los pies de Carmen ha sentido algo nunca antes experimentado, algo que le provoca un cosquilleo en el estómago y le suplanta su justificado y eterno apetito.

Trata de llevar a su memoria los diferentes modelos de zapatos que ha limpiado y deseado, como trata de hacer con aquellos filmes que de niño veía y con algunos que ha visto a intervalos mientras limpia los zapatos de la familia de Salustina, esa señora de hablar pausado que

muchas veces le ha pedido que pase al saloncito contiguo a la sala y además de pagarle le ha dado una limonada de esas que no abundan. Al pensar en la limonada y el pedazo de arepa que Salustina le sirvió la última vez, antes de irse a un largo viaje por otros países, el estómago vuelve a tronar como avisándole que en todo el día solo le ha echado la naranja que cayó de la carretilla de ese vendedor que iba con premura rumbo a la calle Mella.

24

Está metido en sus pensamientos, con su cajón de limpiabotas en el hombro y la lata en el piso, donde apoyaba un pie, cuando ve a un muchacho que pasa por delante de él, con cierto orgullo e inocultable alegría. Es Richard, joven apuesto, de figura esbelta y vestido a la moda. Lleva un estuche de violín en su mano derecha, mientras con la izquierda, donde luce un costoso reloj, se acicala el lacio cabello castaño. Richard se acerca sonriente a Carmen, esa muchacha cuyo nombre Daniel no sabe pero que ya se le está haciendo familiar.

Desde su escondite Daniel puede observar cómo ella se pone de pie, él la saluda con un beso en la mejilla y le entrega el estuche. Hablan de forma animada, pero sus palabras no le llegan ni siquiera como susurro. Cuando el mozo que los asiste se retira, Carmen extrae el violín y lo mira con suma atención.

—Quedó muy bien, ¿verdad que sí?

—Claro, como debe ser. El violín de una princesa no debe tener ningún detalle que afecte su melodía, y menos ahora —dice Richard—. ¿Te inscribiste para el concurso?

—Todavía no están inscribiendo. Además, son seis meses. Uno se puede presentar hasta en el cuarto mes.

—Sí, pero es menos divertido. Lo bueno es participar desde el inicio. ¿No te parece?

El mozo se acerca con visible parsimonia y les sirve de forma cuidadosa un vaso de jugo a cada uno.